

VÍCTIMAS DE LA INVISIBILIDAD: LOS IMPACTOS DE LA VIOLENCIA URBANA EN LA VIDA DE MUJERES Y HOMBRES¹

VICTIMS OF INVISIBILITY: THE IMPACTS OF URBAN VIOLENCE ON THE LIVES OF WOMEN AND MEN

Tatiana Moura*

Centro de Estudios Sociales/Universidad de Coimbra (Portugal)

Resumen

Hace casi veinte años, en el 2005, llevé a cabo, con un equipo multidisciplinar, investigaciones sobre y en contextos de violencia urbana, sus actores/as, estrategias, impactos, respuestas, con el objetivo de nombrar espacios y acciones que quedan sin nombre, despolitizadas y, por lo tanto, invisibles. A esos espacios llamé de *novísimas guerras* (2005, 2007, 2010), y una de las líneas de investigación fue justamente entender dónde estaban/están las mujeres en esos contextos, utilizando la pregunta de Cynthia Enloe del 2004, en el “The Curious Feminist”. Al mismo tiempo, donde están los hombres en esos contextos. De autores a víctimas directas, de invisibilidades a palabras de resistencia, este es el tema de este artículo.

Palabras clave: Violencia urbana. Víctimas. Paternidades y maternidades supervivientes

¹ Este artículo resulta de la investigación para la tesis doctoral “Masculinidades y Feminidades entre las (micro)guerras y las (macro)paces”, defendida en octubre 2009, Universidad Jaume I, Castellón de la Plana, y de una investigación realizada por el equipo de Instituto Promundo, Brasil, en el 2013/2014, coordinada por mí.

* Investigadora en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coimbra (CES-UC), donde coordina el Observatorio Masculinidades.pt. Coordina la UPEA-CES y es miembro de la Comisión Permanente del Consejo Científico. Directora Asociada del Instituto Maria y João Aleixo/UniPeriferias (Maré, Río de Janeiro, Brasil). Doctora en Paz, Conflictos y Democracia por la Universidad Jaume I de España, Máster en Sociología por la Facultad de Economía de la Universidad de Coimbra y Licenciada en Relaciones Internacionales por la misma Facultad.

Abstract

Almost twenty years ago, in 2005, I carried out, with a multidisciplinary team, research on and in contexts of urban violence, its actors, strategies, impacts, responses, with the aim of naming spaces and actions that remain nameless. , depoliticized and, therefore, invisible. I called these spaces the latest wars (2005, 2007, 2010), and one of the lines of research was precisely to understand where women were/are in those contexts, using Cynthia Enloe's question from 2004, in "The Curious Feminist". At the same time, where are the men in those contexts. From perpetrators to direct victims, from invisibilities to words of resistance, this is the theme of this article.

Key words: Urban Violence. Victims. Surviving Paternities and Maternities.

INTRODUCCIÓN

Aún sean el ausente social de las historias de las guerras, sobre las mujeres recae el peso de un estereotipo que las representa como seres indefensos y desprotegidos. Esa mirada, que cristaliza la figura de la mujer-víctima, olvida todos los demás papeles que las mujeres pueden desempeñar en contextos de violencia armada. Pero, por otro lado, ese mito de la protección es responsable de la sujeción de las mujeres a la (amenaza de la) violencia de aquellos que serían los supuestos protectores.

Los análisis feministas sobre sistemas violentos o de guerra denuncian los elementos ideológicos que le subyacen, mostrando su dependencia de una jerarquía sexual de valores. O sea, la hegemonía o dominación presupone la manutención del poder, que a su vez presupone la naturalización y la normalidad de las relaciones de poder. Al mismo tiempo, la construcción de estereotipos legitimadores de ese sistema de guerra (Reardon, 1985) necesita de dicotomías que se construyen como negación u oposición: paz y violencia, feminidad y masculinidad, esfera privada y esfera pública, etc. La asociación entre masculinidad y violencia depende y tiene como contrapunto una feminidad desvalorizada, pasiva, que necesita de protección, y por eso mismo todo el que deslegitime esta dicotomía tiende a ser silenciado y ocultado.

Este tipo de binomios naturalizan comportamientos socialmente construidos y reproducen dicotomías que refuerzan la subordinación de las mujeres, haciendo invisibles experiencias de mujeres y hombres que, por no corresponderse con los papeles atribuidos según su género, son ignoradas.

El análisis sobre los impactos de la violencia armada en la vida de hombres y mujeres que hicimos en Río de Janeiro reveló las contradicciones e incoherencias de las construcciones dicotómicas y estereotipadas sobre víctimas vulnerables *versus* agresores. Los hombres son rotulados como los principales perpetradores de este tipo de violencia y por eso se cierran los ojos a las diversas formas de participación del sexo femenino en la violencia armada. Simultáneamente, son también los hombres, en particular los jóvenes de sexo masculino, los que más mueren a consecuencia del uso de armas de fuego. Por otro lado, en Río de Janeiro, en Brasil y en todo el mundo, son las mujeres las principales afectadas por la violencia intrafamiliar y las que quedan después de las muertes. No obstante, como estas

prácticas violentas tienen lugar en la esfera privada, a nivel micro, son dejadas de lado en los análisis macro sobre la violencia armada.

La violencia armada tiene impactos en la vida de mujeres y niñas – que no constituyen ni la mayoría de los agentes de la violencia ni de sus víctimas directas. Más allá de los impactos visibles y directos – como las muertes y lesiones por armas de fuego – hay que incluir otros impactos, como el arma como fuente e instrumento de amenaza en situaciones de violencia intrafamiliar o las historias de las personas que quedan, que pierden sus familiares y amigos/as, que reconstruyen e intentan seguir sus vidas.

IMPACTOS DIRECTOS: LA DESTRUCCIÓN DE LOS CUERPOS

Los datos estadísticos existentes son las fuentes oficiales que nos permiten analizar los impactos más directos y visibles de la violencia armada - o sea, las muertes y heridas por armas de fuego. No obstante, la presentación de estos datos, muchas veces hecha en términos comparativos, ha sido utilizada para mostrar que mujeres y niñas están poco afectadas por la violencia armada: los hombres constituyen la mayoría de las muertes por armas de fuego (siempre alrededor de 90%) y de las hospitalizaciones resultantes de heridas con estas mismas armas.

Esta comparación tiene una triple consecuencia: por un lado, marginaliza las especificidades de los impactos directos de las armas de fuego en la vida de mujeres y niñas; por otro lado, da una visión parcial sobre los verdaderos impactos de la violencia armada en la vida de estos grupos, que puede ir más allá de las muertes y heridas. Hablamos de la utilización del *arma de fuego como instrumento de amenaza*, en contextos de relaciones de poder ya desiguales, y en particular, en situaciones de violencia intrafamiliar. En tercer lugar, atribuye a los hombres el rol visible de agresores, invisibilizando masculinidades que no incorporan, en sus prácticas cotidianas, la utilización de armas o de violencias como elemento identitario.

Brasil tiene una de las tasas de muertes por armas de fuego más altas del mundo, siendo la mayoría de las muertes por armas de fuego homicidios. La aplastante mayoría de esas muertes es de jóvenes de sexo masculino, a menudo negros, de clases pobres.

La tasa de mortalidad entre la población de sexo masculino en Brasil es mucho superior a la verificada en el sexo femenino (se estima que existan 5 millones más de mujeres do que hombres). Una vez más, y a semejanza de lo que acontece con los datos y análisis sobre autores de la violencia armada, esta enorme desproporcionalidad e hipervisibilización, ha influido y pautado agendas de investigación y políticas en el mundo entero.

Es necesario, por tanto, que nos centremos en el análisis de los datos sobre la tipología de muertes y heridas con armas de fuego *entre* el sexo femenino, en vez de centrarnos en la *comparación entre mujeres y hombres*. Entender las manifestaciones de la violencia armada, en Río de Janeiro, en Brasil o en el mundo, constituye un elemento central para responder a los problemas surgidos de la proliferación y el (mal) uso de armas de fuego.

Uno de los estudios iniciales existentes centrados específicamente en la *mortalidad femenina* muestra que, en Brasil, las tasas de mortalidad por causas externas aumentaron, en el período comprendido entre 1979 y 1999 (Reis *et al*, 2001). El crecimiento se debe, en particular, al aumento de número de homicidios, ya que otros tipos de muertes violentas (accidentes de tráfico, caídas, ahogo, suicidios y lesiones ignoradas) aumentaron poco o disminuyeron en este período.

Sin embargo, conviene referir que, a lo largo de los años 80, varios homicidios fueron clasificados como *lesiones ignoradas*, por no haber registro sobre la intencionalidad de las lesiones. La mejoría en la recogida de datos verificada a lo largo de los años 90 puede haber contribuido a visibilizar homicidios que estaban anteriormente clasificados como lesiones ignoradas (haciendo que, consecuentemente, el porcentaje de lesiones ignoradas decayese), revelando un panorama más aproximado a la realidad. Este ejemplo ilustra como la recolecta de datos puede ser contaminada e influenciada por un sesgo de género: asumiendo que la muerte de una mujer a manos de su compañero pueda ser intencional, revelando una falta de interés en categorizar correctamente las muertes de mujeres, por ser considerados datos menos prioritarios o relevantes.

Para muchas mujeres, el agresor es un conocido. Mundialmente, 40% a 70% de los homicidios de mujeres son cometidos por el compañero íntimo (Dahlberg y Krug, 2002).

El elevado número de muertes en que el lugar de la muerte fue ignorado o clasificado

como *otro* (60% de total) frustra los esfuerzos de analizar. Más aún, cuando la muerte acontece en el hospital, seguimos sin saber cuál fue el lugar en el que se dio el acontecimiento violento. Conviene aquí recordar que, como defienden Bandeira y Bourgois (2005), frecuentemente el peligro o el enemigo duerme al lado y la mayor parte de las lesiones corporales dolosas y/o homicidios de mujeres son cometidos por conocidos de esas mujeres.

Más allá de los cuerpos, la destrucción de las vidas

Como ya referimos anteriormente, las prácticas violentas están presentes en todas las esferas de la sociedad, en varias escalas, y no se manifiestan apenas en la esfera pública. La violencia intrafamiliar, que afecta desproporcionalmente al sexo femenino, y que se da en la esfera privada, en tiempo de guerra y en tiempo de *paz*, forma parte de una cultura que normaliza, naturaliza, privatiza e invisibiliza estas prácticas. Frecuentemente este tipo de violencia tiene en el arma de fuego un instrumento de coerción, intimidación y amenaza, que puede venir a ser letal.

A pesar de los innumerables estudios y de algunos mecanismos y organizaciones existentes para lidiar con el problema de la violencia contra la mujer, que se centran especialmente en la violencia doméstica, la cuestión de la violencia armada y del papel de las armas de fuego como factor de riesgo y amenaza para las mujeres no ha sido una preocupación central en las aproximaciones al tema. Pretendo ahora analizar las ausencias y lo que los datos nos han revelado.

La hipervisibilidad conferida a las muertes y heridas por armas de fuego en el mundo, tiene pautado los análisis y respuestas al problema de la violencia urbana globalmente. Sin embargo, estas manifestaciones más visibles de la violencia perpetrada con armas de fuego – las muertes y las heridas, o los impactos directos – constituyen expresiones extremas de un *continuum* de otras formas de violencia, que han sido secundarizadas en los análisis sobre la violencia armada (sus formas, sus víctimas y sus protagonistas), y que afectan de forma específica a niñas y mujeres.

Al centrar el análisis en los múltiples impactos de las armas de fuego en la vida de las mujeres, percibimos *continuums* y transversalidades de la violencia armada. Fácilmente

entendemos que los comportamientos violentos que son hipervisibilizados en la esfera pública y que captan gran parte de la atención y esfuerzos de los decisores de políticas de seguridad pública, cruzan escalas y se manifiestan, también, de forma violenta, a una escala micro (Taylor et al., 2016).

La esfera doméstica, considerada privada y por tanto “olvidada” en los debates sobre (in)seguridad pública, es frecuentemente un palco para “guerras” para parte de la población, en especial para las mujeres. Aquí no me refiero a las muertes y heridas de niñas y mujeres provocadas por armas de fuego, sino también a la función del arma como fuente de amenaza y como instrumento de refuerzo de las desigualdades de poder.

O sea, entender que la violencia armada tiene otros rostros y víctimas (que son invisibles hoy, pero que pueden volverse directas y visibles el día de mañana) y se manifiesta también a una escala micro puede contribuir a la reducción del número de muertos(as) y heridos(as) en contextos globales.

Entre septiembre y octubre de 2005 realizamos, en el ámbito del proyecto “Mujeres y niñas en contextos de violencia armada: un estudio de caso sobre Río de Janeiro” (CES, Viva Río y Centro de Estudios de Seguridad y Ciudadanía, con apoyo de la Fundación Ford Brasil) un estudio piloto en ocho de las nueve Delegacias Especiales de Atendimento à la Mujer, en la cual fueron rellenos 615 cuestionarios, espontáneamente, por mujeres denunciadoras de violencia. A pesar de ser un estudio piloto, de forma alguna generalizable, creemos que nos revela especificidades importantes de la violencia que se manifiesta a una escala micro, contra mujeres. En primer lugar, denuncia la permeabilidad de las fronteras, mostrando que las armas de fuego constituyen una fuente de amenaza y de miedo no solo en la esfera pública y visible, sino también en espacios considerados seguros, como la esfera privada. En segundo lugar, revela articulaciones entre dos formas de violencia que generalmente se debaten y se piensan de forma independiente y hermética: la violencia doméstica y la violencia armada.

Del total de las mujeres que rellenas el cuestionario, 60,3% habían sido agredidas por sus compañeros íntimos o ex-compañeros (maridos, novios, compañeros) y 70,2% afirmaron estar a favor de la prohibición de la venta de armas en Brasil. Entre las que sabían que el agresor tenía un arma de fuego y de las que afirmaron no saber, 68,5% respondieron que ya

habían sido amenazadas de alguna forma con el arma. 73% por ciento comentaron que la presencia del arma les impedía actuar física o verbalmente a la violencia, siendo que 68% afirmaron que les gustaría acabar su relación con el agresor, pero que no lo hacían porque temían ser agredidas con el arma. De especial importancia es el porcentaje de denunciantes que afirmó *no saber* si el compañero íntimo tenía un arma en casa (24,6% del total de los casos). No saber significa tener que lidiar con esa duda y, por tanto, con el inminente descubrimiento de su existencia. Significa que, por encima de todo, para mantener y perpetuar una relación de dominación y de poder, el arma no tiene necesariamente que ser usada, o siquiera vista.

Reconocer y colocar en el centro de las prioridades y de la agenda pública este problema significa tener en cuenta inseguridades reales que, a pesar de menos visibles, por su escala y sus actores, son sentidas por un elevado porcentaje de la sociedad carioca, brasileña y mundial.

DOLORES COLECTIVAS Y COMPARTIDAS: SUPERVIVIENTES DE LA VIOLENCIA ARMADA

La violencia armada marca, de forma diferenciada, la vida de la población y va mucho más allá de estadísticas oficiales sobre muertes y heridas con armas de fuego, reveladores de los impactos más directos de esa violencia. En las espirales y *continuums* de la violencia armada que se manifiestan internacionalmente, aquel(a) que muere no constituye la única víctima (Moura, 2007). Cada muerte arrastra también consigo el dolor de quien se queda, afectando a todo su círculo social, especialmente a la familia y amigos(as).

Un estudio de Soares y otros (2006) reveló datos importantes sobre las llamadas víctimas indirectas u ocultas de la violencia urbana. En el período comprendido entre los años de 1979 y 2001, se estima que entre 300.000 y 600.000 personas han sobrevivido² a muertes violentas en la ciudad de Río de Janeiro. Son esas personas, las que quedan, las que siguen teniendo que vivir con los ciclos de la violencia.

Las matanzas y ejecuciones sumarias, con orígenes en el período de la dictadura militar³,

² *Sobrevivientes*, en este estudio, se refiere a quien sobrevivió a la muerte(s) de otro (familiar) y no a las personas que sobrevivieron a una herida provocado por arma de fuego.

³ Cuando se formaron los grupos de exterminio, en la Baixada Fluminense, con la participación directa e

constituyen expresiones extremas, visibles y frecuentes, hasta el día de hoy, de la violencia armada en Río de Janeiro. Y si, en el pasado, constituyeron, según las palabras de José Cláudio Souza Alves, la referencia de demarcación de la frontera entre el mundo civilizado y la barbarie, actualmente, se diseminan territorialmente, huyendo de sus límites espaciales y pasando a formar parte de la realidad de Río (2006: 16). Y a esta diseminación geográfica corresponde la diseminación de la destrucción y la ruptura de lazos y de otras vidas.

A pesar de que hombres, mujeres y jóvenes de ambos los sexos forman parte de los números trágicos de las matanzas en Río, son los jóvenes de sexo masculino, negros, en la gran mayoría de comunidades pobres, las principales víctimas de estas prácticas. Hijos(as), maridos, esposas, padres y/o amigos de alguien. No obstante, para las personas que viven ese drama de cerca, tales hechos no acaban en la tragedia de las muertes colectivas o individuales. Sus efectos se perpetúan y se desdoblán en otros *continuums* de violencias, en la cotidianidad de quien se queda, sea por el dolor, por el miedo, por la humillación, por la impotencia, por la desorientación o por las incontables dificultades experimentadas en las trayectorias que apenas se inician, cuando los hechos comienzan a desaparecer de los telediaros.

La visibilidad de estas muertes y el rastro de dolor que dejan son pasajeros. Después de los acontecimientos dramáticos, quien sobrevive es remetido a la condición de invisibilidad. Regla general son las madres – a veces hermanas y esposas, más raramente padres y hermanos, que inician un recorrido por los caminos de justicia, en la esperanza de rescatar algún sentido de que les resta y en el esfuerzo, no siempre compensado, de luchar contra la impunidad.

En ese recorrido, emergen nuevos efectos de la violencia de manera dramática al desamparo de la ley y ante la ausencia de las instituciones y de los recursos sociales más elementales. Recorrer este camino después un incidente violento, donde la muerte en él es asimilada como fatalidad o sucesión natural de la vida, es un proceso que deja marcas, impone limitaciones y modifica la existencia. Superar la pérdida, enfrentar sus desdoblamientos y transformar el dolor y la lucha con coraje y perseverancia acaba por

indirecta de agentes policiales y el aval de comerciantes, empresarios y grupos políticos locales (Alves, José Cláudio Souza, «Violência e Política na Baixada: os casos dos grupos de extermínio» in IMPUNIDADE NA BAIXADA FLUMINENSE – RELATÓRIO 2005. Comissão de Derechos Humanos e Minorías, Câmara dos Deputados, Brasília 2006).

convertirse prácticamente en un esfuerzo individual y solitario. Muchas de esas personas, sobre todo cuando se trata de madres y viudas, experimentan adversidades comunes: estrés postraumático, dificultades económicas, ruptura del equilibrio familiar, vivencia de largos procesos judiciales en condiciones desfavorables, convivencia con los asesinos o amenazas de represalias. En algunos casos, les queda incluso la responsabilidad de probar que sus hijos o compañeros no eran criminales y no estaban involucrados en el tráfico de drogas. En otros casos, cuando había participación, están obligadas a defender, póstumamente, el derecho constitucional a un juicio justo y a una condena en términos de la Ley brasileña.

Son las víctimas ocultas, invisibles, las(los) sobrevivientes de la violencia armada que no forman parte de las estadísticas de la criminalidad violenta de Río de Janeiro (y de otros centros urbanos en el mundo), las protagonistas de esta parte del artículo. Con ellas pasamos gran parte de los meses de la investigación, fuimos recibidas en sus casas, en sus comunidades, en sus barrios y entramos en sus vidas. Sus vidas entraron en las nuestras, iniciando un camino de ida y vuelta. Las entrevistas individuales se convirtieron en encuentros colectivos de compartir y de aprender⁴.

Pasar al papel las historias, las experiencias, los lutos y las luchas de estas mujeres no es fácil. La forma dramática en la cual la violencia armada afectó a sus vidas produjo impactos múltiples, difíciles de cuantificar. Estos impactos, que resultaron de la muerte y de la pérdida de seres queridos, que son vividos muchas veces en silencio y que son difíciles de nombrar, afectan, de forma bien directa, a la vida de quien se queda e intenta lidiar con la pérdida. Ignorarlos y subalternarlos significa perpetuar, ante la ausencia de respuestas, ciclos de violencias.

La diseminación del dolor

Los relatos de las madres y de otros familiares están cargados de historias de sufrimientos, desde el día en que se ejecutó a los hijos/as/familiares. Los impactos derivados de las muertes son, obviamente, múltiples, y se relacionan íntimamente unos con otros. Las formas de ser sentidos, expresados y manifestados se asemejan a una tela, que se vuelve difícil aislar a cada una de las historias, de las fibras que lo conforman. Identifico, a

⁴ Realizamos entrevistas individuales y organizamos encuentros colectivos, de compartir experiencias y aprendizajes. Estos encuentros se convirtieron en el proyecto «Familiares de víctimas de chacinas no Rio de Janeiro», que pretende dar apoyo jurídico y psicosocial al grupo, habiendo ya realizado dos cursos de Promotoras Legais Populares, en 2007 y 2008, coordinado por el CES/Coimbra y el CESeC/Río de Janeiro.

continuación, algunos de estos impactos, vividos y contados en primera persona.

A lo largo de las entrevistas, encuentros y conversaciones⁵ con este grupo nos dimos cuenta que la experiencia traumática afecta a la vida de cada persona en diferentes dimensiones. De un modo general, podemos agrupar los impactos en dos grandes dimensiones: *impactos en la salud* (física y emocional) e *impactos socio-económicos* (de la pérdida y de la lucha por justicia).

Estudios epidemiológicos muestran que entre 25% y 40% de supervivientes de catástrofes y violencias extremas padecen problemas de salud (Beristain, 1999). En general, cuanto mayor es la intensidad de la violencia, mayores son los disturbios psicológicos y síntomas físicos. Así, los homicidios deliberados causan mayor impacto que las muertes accidentales en catástrofes naturales y los traumas colectivos afectan más a la población de que los incidentes aislados.

Los índices de violencia urbana que asolan Río de Janeiro hacen que la población conviva regular y cotidianamente con la letalidad y/o la amenaza de las armas de fuego. Estas violencias, tanto en su forma más directa como en la más indirecta, constituyen experiencias traumáticas con serios impactos psicológicos. Estos impactos psicológicos son también los más difíciles de superar y normalmente están asociados a problemas de salud física.

Los síntomas que aparecen como respuestas a un evento traumático son considerados por especialistas como una reacción natural a esas situaciones. Pero cuando esos mecanismos de defensa se convierten en la única forma de lidiar con la vida, cuando paralizan a la persona por un período largo de tiempo, no permitiendo que siga su vida y pasando a influir directamente las relaciones sociales, se considera que es necesario intervenir.

Reacciones como insomnio, ansiedad, miedo, persistencia de reacciones de odio, nostalgia muy profunda (y dificultad para lidiar con esos recuerdos), son ejemplos de reacciones a acontecimientos que no son naturales, relatadas por el grupo de familiares de víctimas de matanzas, en Río de Janeiro.

⁵ Equipo de investigación formada por Carla Afonso, Mércia Brito, Bárbara Soares, Luís Lomenha, entre otros/as.

Entre los grupos de familiares de víctimas fatales de la violencia armada encontramos, mayoritariamente, madres. Recurrentemente estas madres hablan del *dolor incurable*, de ese *dolor que te cambia la vida por completo*, y que resulta de la experiencia de lidiar con la muerte de los hijos antes de tiempo. De hecho, no existe una palabra o nombre para esta experiencia: la viudedad resulta de la pérdida de un(a) compañero(a), la orfandad de la pérdida de los progenitores. La pérdida de un(a) hijo(a), esa, no tiene nombre. La dificultad de explicar el significado y la intensidad de este dolor fue algo común en todas las nuestras conversaciones.

Estas variables de la experiencia (post) traumática, vividas por los parientes de víctimas de la violencia, dicen en relación al proceso de luto, que consiste en la elaboración simbólica del trauma que resulta de la pérdida de alguien querido. Esa elaboración presupone comprender lo que es sentido, lo que se debe hacer con lo que se siente y, por fin, aceptar la pérdida. En el caso de Río de Janeiro, esos procesos de luto son *procesos de luto alterados* por la intensidad de la(s) violencia(s).

En el caso de las supervivientes que entrevistamos, la gran dificultad de aceptación se relacionaba con la sensación de injusticia por la impunidad de los responsables, la rabia sentida, la impotencia ante la agresión y con la culpa por no haber conseguido evitar a la muerte del familiar.

Muchas de las mujeres familiares de víctimas de matanza, y en especial las madres, por los papeles que les son socialmente atribuidos, son consideradas y se sienten responsables por el bienestar psicológico, emocional y físico de otros miembros de la familia y de sus comunidades. Muchas veces recae sobre ellas la tarea de ayudar al que se queda a superar sentimientos de pérdida, lidiando simultáneamente con su propio dolor. El cuidado de quien se queda, en especial de los otros(as) hijos(as), surgió como una de las preocupaciones centrales de grupo. Más allá de la intensificación de sentimientos de culpa ya inherentes, ese factor surgió también como un elemento de destabilización y desestructuración familiar.

La mayor parte de los obstáculos sociales que enfrentan las madres reside en la necesidad de *seguir con su vida*, ahora marcada por la experiencia violenta y por la ausencia. La violencia armada en la ciudad de Río de Janeiro se da en áreas residenciales. Muchas veces las

personas mueren dentro de sus propias casas en el barrio en donde viven su familia y próximos. Esta característica hace que sea altamente probable que los supervivientes tengan contacto con el lugar de la muerte de la víctima, el contacto con el cuerpo del pariente, después el acto violento.

Más aún, en muchas ocasiones, los parientes y amigos tienen contacto con los asesinos, que continúan en libertad y tienen una presencia ostensiva en los barrios y comunidades de los familiares. Eso conlleva que hay un recuerdo constante de la pérdida sufrida, de la falta de justicia y de la negación de los derechos de los supervivientes y se convierte en una experiencia de extrema violencia.

En otros casos, las familias pueden tener que probar que la víctima no era un criminal. Muchas veces, los asesinatos cometidos por policías, “se resuelven” – o sea, no son castigados – recurriendo a alegaciones sobre la participación de la persona muerta en el tráfico de drogas y sobre su resistencia a la orden de prisión (*auto de resistencia*). Varias veces fueron mencionados los “kits” usados por la policía para manipular pruebas, en el caso de matar “accidentalmente” a un inocente, en particular en las favelas. Esta estigmatización tiene consecuencias para la vida de los familiares.

Las muertes violentas conducen e intensifican problemas económicos o financieros a la familia, particularmente si la persona muerta contribuía al presupuesto familiar. Para sustituir ese rendimiento, otros miembros de la familia pueden tener que buscar trabajo y abandonar los estudios. Por otro lado, cuidar de personas heridas físicamente o traumatizadas por la violencia exige tiempo, imposibilitando el trabajo remunerado fuera de casa. Al mismo tiempo exige dinero, una vez que las víctimas pueden necesitar tratamientos caros, lo que se convierte en una imposibilidad para muchas familias. A eso se añade que el acompañamiento de los procesos judiciales, unido a la exclusiva dedicación a la lucha contra la impunidad, no permite que trabajen y tengan una fuente de ingresos.

Esto provoca, obviamente, indignación entre las(los) familiares, ya que la lucha iniciada por la justicia está intrínsecamente asociada a la lucha por dignidad. La exigencia, por parte de las madres, de pensiones (e indemnizaciones) al Estado no está asociada a sus necesidades básicas, sino a la responsabilización por la pérdida, ya que los agresores, en su mayoría, son agentes del Estado. O sea, como recuerdan las madres, son agentes de seguridad pública

pagados por la sociedad para proteger a sus ciudadanos.

Sin embargo, las dificultades financieras a veces ya existentes, que van siendo agravadas por la secuencia de violencias que se manifiestan en espiral, después de la pérdida de un familiar, se traducen, por ejemplo, en la imposibilidad de comparecer a los diversos eventos de apoyo a víctimas o reuniones con grupos de madres, una vez que, en la gran mayoría de las veces, los transportes tienen que ser costeados por los propios familiares de las víctimas.

El hecho de que vivan en comunidades pobres y violentas constituye, muchas veces, una dificultad añadida en la lucha por sus derechos y potencia diferencias en el tratamiento por parte de los órganos públicos. Los relatos de las entrevistadas revelan una enorme falta de confianza en los órganos de seguridad y personas a ellos asociadas, en Río de Janeiro. De hecho, la policía y sus formas de actuación son bastante criticadas por los familiares de víctimas.

Otras críticas presentes en los relatos de los supervivientes recaen sobre el sistema judicial: por su lentitud, burocracia o insensibilidad ante sus necesidades. Para muchas de estas mujeres, el primer momento en que son conscientes de sus derechos es precisamente cuando sienten dificultades en el acceso a la justicia. La demora en los procesos judiciales, las acusaciones en él deducidas, interrogatorios y procesos con plazos de prescripción sin terminar, la falta de pruebas documentales, testimoniales o exámenes balísticos, son algunos de los ejemplos citados.

Cuando el duelo se convierte en lucha...

A pesar de que el largo camino que recorren estos supervivientes en la lucha contra la impunidad tiene en esa misma impunidad uno de sus mayores obstáculos, constatamos que la experiencia traumática de la pérdida y del dolor lleva a varios de ellos/ellas a compartir su dolor y su lucha con otros familiares que pasaron por la misma situación. Algunas madres, en el camino recorrido en busca de justicia por la pérdida de sus hijos, encontraron en otras madres el apoyo necesario para fortalecer su lucha, que finalmente es (pasó a ser) común. Las semejanzas de sus declaraciones, el dolor cargado desde la muerte del familiar y la propia lucha que han llevado a cabo solitariamente por el castigo de los asesinos constituyen el punto de partida para que se asocien, se acompañen en los procesos unas a

otras, compartan sus dolores y busquen sentido a la vida conjuntamente.

Más allá de eso, toda la red de relaciones sociales destruida después del asesinato de sus hijos tiene la posibilidad de ser reconstruida, una vez que se intentan estructurar, aunque muchas veces de forma incipiente, por falta de apoyo, otras redes de relaciones sociales que sirven de soporte para superar el sufrimiento. El activismo pasa a ser una nueva motivación para la vida y la consciencia de que pueden contribuir a la transformación social, luchando contra la impunidad, contribuye a que, muchas veces, la total falta de sentido pueda ser atenuada.

A pesar de ello, el papel de estos grupos en el estímulo de movimientos reivindicativos en las comunidades, en la prevención y denuncias de la violencia y, particularmente, en el apoyo jurídico prestado, es considerado esencial por los familiares. Más rara, pero aún así existente, es la articulación de algunas de estas madres con movimientos internacionales, como las Madres de la Plaza de Mayo (Argentina). Para estas supervivientes, este tipo de articulación, a pesar de constituir una excepción a la norma, permite visibilizar su lucha, a nivel nacional y, especialmente, internacional.

Nuestras conversaciones terminaban, invariablemente, con referencias a lo que les hacía estar vivas, lo que les daba fuerzas para continuar. La propia lucha, según una entrevistada es la motivación de su existencia después de la tragedia que ocurrió en sus vidas. Estas luchas constituyen formas de intervención política propositivas, aunque manifiestas a una escala micro. Pero este activismo está frecuentemente desvalorizado o incluso ocultado, al ser entendido como natural y apolítico. En contextos de violencia híbridos, que escapan a los conceptos tradicionales de guerra (y de paz), como es el caso de Brasil, y en concreto de Río de Janeiro, esta desvalorización parece ser aún más evidente. En este caso, se cruzan varios niveles de “formatación” analítica, expresados en la utilización y referencia a conceptos tradicionales de política, poder, guerra y paz, que son manifiestamente insuficientes para captar toda la realidad y complejidad de las violencias y de las respuestas que se ensayan frente a las mismas (Moura y Santos, 2008).

Lo(s) grupo(s) de madres de Río de Janeiro, que van dando pequeños grandes pasos, algunos iniciales, otros que cuentan con casi veinte años, apuntan en mi opinión, la

emergencia de propuestas de paz *innovadoras*, o de novísimas paces (Moura, 2005), constituyéndose como un polo de rechazo y respuesta cara a las violencias.

MAS ALLÁ DE LOS TIROS/DISPAROS

Ya entre el 2012 y el 2013, un equipo de investigación⁶ de Instituto Promundo, coordinada por mí, realizó una investigación cualitativa para diagnosticar y analizar cómo viven la violencia armada urbana los/as jóvenes familiares y amigos/as de víctimas de masacres y ejecuciones sumarias en Río de Janeiro. Recogimos relatos de 21 jóvenes, hombres y mujeres, sobre las consecuencias de la violencia armada que victimó a sus familiares y amigos: historias y trayectorias de vida contadas en primera persona, que traen las vivencias y subjetividades de jóvenes de diferentes localidades pobres de Río de Janeiro, que constituyen la porción de la población más afectada por las violaciones de sus derechos humanos.

Al acercarnos a las trayectorias de los jóvenes, comprobamos cuán disruptivos son los efectos de la violencia en sus vidas. Tras el asesinato de un/a familiar y/o amigo/a, a muchos jóvenes les resulta difícil retomar sus rutinas, por temor a que la violencia vuelva a repetirse. Además, los/as jóvenes sufren mucho al echar de menos al que se ha ido, declarando sentimientos de tristeza y añoranza. Los sentimientos de culpa, injusticia, rabia y deseo de venganza también aparecen en los informes de estos jóvenes, a veces como motores para el consumo excesivo de drogas y/o la incorporación al tráfico de drogas. También vimos cómo el sufrimiento se manifiesta corporalmente, en los informes de insomnio y dificultad para dormir.

En algunos casos, los jóvenes que perdieron a sus hermanos/as cuando aún eran pequeños sufren el recorte de su libertad: los padres y madres temen que, al igual que sus hermanos/as, también sean víctimas de la violencia armada. Otra consecuencia es el distanciamiento de los progenitores, demasiado conmocionados por la pérdida del hermano. En otros casos, ocurre que los jóvenes intentan ocultar su propio sufrimiento, porque perciben que expresar sus sentimientos puede hacer sufrir a sus padres y madres, y el mismo esfuerzo pueden hacer sus padres y madres: nadie está bien, pero nadie puede expresar su dolor para no hacer sufrir más al otro.

⁶ Bárbara Pires y Jeferson Scabio fueron investigadores/as principales de este proyecto, en Instituto Promundo, 2012/2013.

A nivel comunitario hemos visto cómo la violencia acaba siendo, en cierto modo, normalizada. Fuertemente armados, los traficantes imponen su dominio. Debido al poder armado de los traficantes, la policía también actúa de forma extremadamente violenta. En la línea de fuego entre estos dos actores, habitantes de las favelas sufren sin poder reaccionar. Asustados, los demás habitantes de la ciudad guardan silencio ante la violencia policial cometida contra habitantes de las favelas - la violencia policial, en el mejor de los casos, es vista como un mal necesario. Aislados, incapaces de oponerse al poder armado de los narcotraficantes y sin que sus denuncias de violencia policial sean escuchadas, los residentes se ven obligados a adaptar sus rutinas, intentando sortear la violencia del narcotráfico y de la policía en la medida de lo posible, pero siempre de forma precaria, reorganizando sus itinerarios diarios.

Se verifica también que la violencia es vivida de forma distinta por hombres y mujeres. En algunos casos, los hombres entrevistados confesaron que muchas veces sufrían en silencio, justificando ese comportamiento por la dificultad de abrirse a los familiares y amigos sobrevivientes, como si la limitación de las expresiones de dolor fuese una forma de timidez. Mientras que las jóvenes indicaron una mayor verbalización del sufrimiento y del dolor, principalmente en los relatos de las madres, que en muchos casos recurrieron al activismo y a la militancia para resignificar y dar sentido a sus traumas y a la violencia vivida. Por otro lado, uno de los consensos del discurso es en relación a la precariedad de la reparación y la falta de apoyo psicosocial por parte del Estado. La mayoría de los jóvenes afirman que habrían enfrentado mejor el dolor de la pérdida si hubieran tenido algún tipo de atención y cuidado psicológico.

A través de este proyecto, buscamos entender cómo estas muertes tempranas afectan la vida de los y las jóvenes en el contexto de la violencia urbana, y contribuir al desarrollo de políticas públicas incluyentes y articuladas que, por un lado, promuevan el acceso pleno a los servicios de respuesta y la promoción de los derechos humanos por parte de los jóvenes familiares y amigos de las víctimas y, por otro, eviten que más jóvenes se conviertan en víctimas directas y/o indirectas de la violencia.

Además, tratamos de identificar cómo se configura la violencia a dos niveles: desde el punto de vista de cómo se siente el impacto, nos preguntamos por el género del impacto,

buscamos observar cómo se produce diferencialmente sobre hombres y mujeres; desde el punto de vista de cómo este impacto moldea las actitudes, tratamos de observar los efectos que tuvo sobre la paternidad y la maternidad, es decir, cómo influye en la forma en que los padres y las madres de las víctimas resignifican su dinámica familiar tras el hecho violento, cómo influye también en la forma en que los jóvenes amigos o familiares educan a sus hijos e hijas, si los tuvieron, o en cómo los futuros padres y madres imaginan que educarán a sus hijos e hijas.

El análisis aborda también las formas de afrontamiento de la violencia sufrida, las estrategias para sobrevivir al trauma y al dolor, la búsqueda de apoyo psicológico y social y, especialmente, las formas de resistencia y de búsqueda de reparación que, en algunos de los casos, se convierten en el combustible para el activismo y la militancia, un compromiso político sin precedentes en la trayectoria de estos jóvenes, algo que no se emprendió hasta el momento de la pérdida de un familiar o amigo.

Las reflexiones de los jóvenes entrevistados sobre las diferentes formas de reparación del daño sufrido nos llevan también a demandas de justicia, de reconocimiento de la responsabilidad del Estado, así como, especialmente, de un cambio en las condiciones de inseguridad en las comunidades donde viven.

El impacto de la violencia en jóvenes familiares y amigos de las víctimas

El acontecimiento violento, la muerte, tiene un impacto perturbador, infundiendo miedo e inseguridad en la vida cotidiana de los jóvenes. La violencia sufrida no sólo tiene efectos individuales, sino que se refleja en la familia y en la forma en que padres y madres y futuros padres y madres educan o piensan educar a sus hijos/as. Además, los efectos y las formas de reaccionar ante la violencia son experimentados de manera diferente por hombres y mujeres. Estos efectos también influyen en la percepción que los jóvenes tienen de la policía. Aunque en grados distintos, identificamos que los hombres jóvenes entrevistados manifiestan sentimientos de tristeza y dolor. En el transcurso de las entrevistas identificamos que muchos de los jóvenes familiares y amigos de las víctimas manifestaban sentimientos que iban desde el sentimiento de injusticia -hablando del carácter injustificado de la violencia sufrida- hasta el sentimiento de culpa -imaginando que de alguna manera podrían haber evitado lo ocurrido-. Se identifican impactos a largo plazo, dolor y miedos

que vuelven años después y que muestran la importancia de los programas de atención y cuidados psicológicos para todos los implicados en este tipo de sucesos traumáticos.

"Una persona que depende de mí": impactos sobre la maternidad y la paternidad

La vivencia de la maternidad y la paternidad fue un tema muy presente en diferentes momentos de las entrevistas, ya sea por la forma en que afectó la relación entre progenitores e hijos/as tras la pérdida de familiar o amigo/a por la violencia armada o por la manera en que redefinieron la forma de criar a sus hijos/as frente a esta realidad postraumática.

De los 21 jóvenes entrevistados, 13 tenían hijos. El nacimiento del hijo aparece como un nuevo momento definitorio en sus vidas, pero esta vez de forma positiva. Sus declaraciones revelan que el acontecimiento violento vivido en la infancia o la adolescencia influyó profundamente en la forma en que perciben la maternidad y la paternidad.

Esta experiencia con la violencia armada ha cambiado las relaciones y dinámicas familiares existentes, en términos de cercanía y atención redoblada. Varios relatos mencionan que la madre se ha vuelto más incisiva en el cuidado del hijo que sobrevivió y que lo mantiene dentro de estrictas rutinas en la calle y en casa.

La protección surge como sinónimo de estar en casa, de cuidado de su hijo. Este cambio en la dinámica familiar, que se entiende como una forma de prevención, aparece, sin embargo, de diferentes maneras en los distintos perfiles de los jóvenes entrevistados.

En el lado opuesto, otros/as jóvenes revelan cómo el impacto de esta pérdida puede ser interiorizado como parte de un cuadro más general de un sentido de "naturalización" de la violencia, en el que se entiende que los residentes de zonas con alta exposición a la violencia aprenden a vivir con la posibilidad de que estas tragedias ocurran. Por otro lado, es en estos territorios donde los mismos residentes aprenden a crear estrategias cotidianas para reducir esta exposición.

La gran diferencia en el eje paternidad en la mayoría de las entrevistas es que para los jóvenes entrevistados con hijos, la maternidad y la paternidad fue el gran factor de cambio

en sus vidas. Reconocen que es a partir de ese momento que definen la aceptación y acumulación de responsabilidades en sus vidas, especialmente cuando comenzaron a pensar en los sentimientos de inseguridad que sienten en sus comunidades y en cómo la violencia presente en su cotidiano puede tener consecuencias negativas e inevitables para sus familias.

Es importante señalar que el impacto del hecho violento y de la violencia en general en la maternidad y paternidad de los entrevistados se refleja principalmente en el reconocimiento de la necesidad de ser un padre o una madre presente, más atento, de hablar, de explicar lo que está bien o mal en contextos donde la violencia policial y el narcotráfico tienen una presencia constante. Vemos así que la "normalidad" y la normalización de la violencia en las localidades donde viven también se refleja en la forma en que los entrevistados crían a sus hijos.

En contraposición a esta creciente preocupación de los jóvenes con sus hijos, también se criticó en los informes la poca presencia y cuidado que sus padres y madres tuvieron con ellos cuando lo necesitaron, en los momentos posteriores a la pérdida de un familiar o amigo. Gran parte de estos informes, en los que se critica el alejamiento de los padres del impacto de la pérdida de un hijo, son los casos en los que, especialmente las madres, tras el suceso traumático, pasan a la búsqueda de justicia, reparación e incluso a la militancia y acción política, como ejemplifican las madres de grupos de apoyo a familiares de víctimas

El género del duelo: diferencias en el impacto de la violencia entre hombres y mujeres

La forma en que hombres y mujeres jóvenes experimentaron estos acontecimientos violentos, sus trayectorias vitales tras la pérdida, nos muestran que la vivencia del duelo presenta diferencias de género.

En otro registro, con otros relatos, parte de los jóvenes también se refirieron a situaciones en las que el hombre interiorizaba su sufrimiento en silencio, encerrándose en sí mismo y sufriendo en silencio, mientras que la mujer verbalizaba más el dolor de la pérdida, culminando a menudo en activismo y militancia.

Un entrevistado compara su impacto con el de otro amigo. La timidez que comenta tener aparece como un eufemismo de la interiorización de ciertas normas de género como que "los hombres no pueden llorar" o tienen que limitar la expresión de las emociones y el dolor, pero en situaciones extremas como la pérdida de varios amigos en un hecho violento de esta magnitud, adquiere nuevos contornos donde no es posible guardarse el sufrimiento, es necesario compartirlo, aunque sea sin palabras, sólo con lágrimas.

Una de las recomendaciones que más aparecen en los discursos de los jóvenes entrevistados es la necesidad de tener acceso a apoyo psicosocial, una responsabilidad del Estado frente a la violencia de este tipo, cometida en la mayoría de los casos aquí denunciados por agentes de seguridad pública, en particular la Policía Militar del Estado de Río de Janeiro. Las críticas realizadas en las entrevistas son contundentes, denunciando el abandono por parte del Estado de estas familias que perdieron a un ser querido y que no reciben ningún tipo de reparación o ayuda por parte del sistema responsable de reproducir esta violencia cotidiana en sus barrios y comunidades.

Las e los entrevistados/as explican cómo esta falta de apoyo, especialmente psicosocial, por parte del Estado es un problema que aún persiste, tanto para el bienestar de su madre como en la estructura orgánica y las relaciones familiares.

HORIZONTES POSIBLES: REFLEXIONES Y RECOMENDACIONES

Las entrevistas realizadas revelan que la violencia armada, especialmente la cometida por la policía, tiene efectos profundos y duraderos en la vida de los jóvenes familiares y amigos de las víctimas, jóvenes que, en general, quedan fuera de los programas de apoyo y reparación ofrecidos por el Estado. Al igual que las madres y esposas, los jóvenes familiares y amigos de las víctimas también deben ser reconocidos como supervivientes y como tales necesitan apoyo, y el Estado debe prestarles la debida atención, así como evitar que otros, como ellos, se conviertan en víctimas directas e indirectas de la violencia armada.

En cuanto a la sensación de seguridad en la institución policial, hay un momento antes y un momento después del hecho violento. A pesar de que muchos de los jóvenes entrevistados viven o han crecido en comunidades con presencia de grupos armados ilegales, con la entrada constante de la policía para disputar y controlar el territorio, y conviven con

violaciones a los derechos humanos que son naturalizadas a diario por la comunidad, el hecho de perder a un familiar o amigo a manos de un agente del Estado se refleja en la percepción de la actuación de esta fuerza de seguridad pública. La mayoría de los entrevistados siente miedo, trata de no caminar por las calles a altas horas de la noche y, especialmente, evita el contacto con la policía. La falta de credibilidad de la institución policial se debe a la ya mencionada falta de formación humanizada de sus agentes y a la ausencia de una cultura de aproximación del policía con el ciudadano.

También se reportó cierta desconfianza en la acción institucional del Estado, ya sea en el cumplimiento de su función como protector de sus ciudadanos o en la aplicación de la justicia y la responsabilización de los agentes que asesinaron a los familiares o amigos de estos jóvenes. Es claro, sin embargo, que esta falta de respuesta del Estado no impide que muchos de los jóvenes utilicen algunas de las medidas de reparación disponibles en la red política y de confrontación, como el apoyo jurídico y psicológico con que cuentan algunas organizaciones no gubernamentales que trabajan con familiares de víctimas de la violencia armada.

Como resultado del análisis de las narrativas individuales, las recomendaciones que aquí se presentan tienen como objetivo proponer una línea de intervención y acción para prevenir la violencia conjunta entre el Estado, las organizaciones que promueven los derechos humanos y los familiares y amigos de las víctimas de la violencia armada urbana.

BIBLIOGRAFÍA

Enloe, Cynthia (2004) *The Curious Feminist. Searching for Women in a New Age of Empire*. University of California Press.

Moura (2010), *Novíssimas guerras. Espaços, espirais e identidades da violência armada*. Coimbra: Almedina.

Moura, Tatiana; Santos, Rita; Soares, Barbara (2010), “Auto de Resistência : the collective action of women relatives of victims of police violence in Rio de Janeiro”. *Journal of the Motherhood Initiative for Research and Community Involvement*, 1.2, Fall/Winter, vol. 2, pp. 232-242.

Moura, Tatiana; Santos, Rita (2008), "Transforming mourning into fighting: survivors of armed violence", en Day, D.; Grindsted, A.; Piquard, B.; Zammit, D. (org.), *Cities and Crises*. Bilbao: Bilbao University Press.

Moura, Tatiana (2005), "Novíssimas guerras, novíssimas pazes. Desafios conceptuais e políticos", *Revista Crítica de Ciências Sociais*, nº 71.

Rangel Bandeira, Antônio y Bourgois, Josephine (2005). *Armas de fogo, proteção ou risco?* Rio de Janeiro: Ed. Viva Rio.

Reis, Ana Cristina et al. (2001). "Mortalidade Feminina por Causas Externas: Brasil e Macrorregiões (1979 a 1999)". *Rio de Janeiro, BOLETIM do CENEPI/CLAVES*, nº 4.

Recepción: 7-12-22

Aceptación: 31-12-22